

# Los hombres entigrecidos

Hecho colonial, mitología nacional y  
violencia en la cuenca media del río  
Magdalena, Colombia

**Tomo III. Faenas de un mundo primordial**

# Los hombres entigrecidos

## Hecho colonial, mitología nacional y violencia en la cuenca media del río Magdalena, Colombia

**Tomo III. Faenas de un mundo primordial**

Adrián Serna Dimas



**CIUDADANÍA  
& DEMOCRACIA**



**UD**  
Editorial



**CIUDADANÍA  
& DEMOCRACIA**

© Universidad Distrital Francisco José de Caldas  
© Instituto para la Pedagogía, la Paz y el Conflicto Urbano (Ipazud)  
© Adrián Serna Dimas

Primera edición, noviembre de 2020  
ISBN de la obra completa: 978-958-787-250-7  
ISBN del tomo III: 978-958-787-253-8

Dirección Sección de Publicaciones  
Rubén Eliécer Carvajalino C.

Coordinación editorial  
Edwin Pardo Salazar

Corrección de estilo  
Michael Cruz Rodríguez

Diagramación y montaje de carátula  
Jorge Andrés Gutiérrez Urrego

Imagen de portada  
Mapa del Río Grande de la Magdalena desde los 4° de latitud hasta su desembocadura. Por Alexander von Humboldt, 1816. Bibliothèque National de France, Département Cartes et Plans, GE D-14759. [Viaje de Humboldt por Colombia y el Orinoco].

Editorial UD  
Universidad Distrital Francisco José de Caldas  
Carrera 24 n.º 34-37  
Teléfono: 3239300 ext. 6202  
Correo electrónico: publicaciones@udistrital.edu.co

*Catalogación en la publicación – Biblioteca Nacional de Colombia*

Serna Dimas, Adrián

Los hombres entigrecidos: hecho colonial, mitología nacional y violencia en la cuenca media del río Magdalena, Colombia / Adrián Serna Dimas. -- 1a. ed. -- Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas, 2020.  
v. -- (Ciudadanía & democracia)

Incluye datos del autor. -- Contiene referencias bibliográficas.  
-- -- Tomo III. Faenas de un mundo primordial.

ISBN 978-958-787-250-7 (obra completa) --  
978-958-787-253-8 (tomo III)

1. Antropología social – Investigaciones - Magdalena Medio (Región) 2. Violencia - Magdalena Medio (Región) 3. Magdalena Medio (Región) - Condiciones sociales - Investigaciones I. Título II. Serie.

CDD: 301.072 ed. 23

CO-BoBN- a1059176

Todos los derechos reservados.  
Esta obra no puede ser reproducida sin el permiso previo escrito de la Sección de Publicaciones de la Universidad Distrital.  
Hecho en Colombia

# Contenido Tomo III

|                                                        |            |
|--------------------------------------------------------|------------|
| <b>Prólogo</b>                                         | <b>7</b>   |
| <b>Faenas de un mundo primordial</b>                   | <b>7</b>   |
| <b>1. Las faenas ancestrales de la tierra caliente</b> | <b>13</b>  |
| I.    La pesca y la boga                               | 14         |
| II.   La platanera, el yucal y el maizal               | 27         |
| III.  El cañaveral y el guadual                        | 33         |
| IV.   La minería del oro, la plata y las esmeraldas    | 45         |
| <b>2. Las faenas febriles de la tierra caliente</b>    | <b>59</b>  |
| I.    El aserrío                                       | 60         |
| II.   Los pastos y las ganaderías                      | 66         |
| III.  La quina, la tagua y el añil                     | 69         |
| IV.   Los tabacales                                    | 82         |
| V.    Los cafetales                                    | 92         |
| <b>3. Las promesas de los vapores</b>                  | <b>115</b> |
| I.    La eterna concesión de Elbers                    | 116        |
| II.   El tiempo de las grandes navieras                | 119        |
| III.  El río se calienta                               | 130        |
| IV.   El ocaso del río                                 | 139        |

|                                                                                          |            |
|------------------------------------------------------------------------------------------|------------|
| <b>4. Las promesas de los caminos</b>                                                    | <b>151</b> |
| I.    Los caminos de herradura                                                           | 153        |
| II.   Los nuevos caminos carreteros                                                      | 162        |
| III.  Los caminos carreteros y la regeneración del país                                  | 180        |
| IV.   Del río a la carretera                                                             | 184        |
| <b>5. Las promesas de los ferrocarriles</b>                                              | <b>197</b> |
| I.    Los ferrocarriles hacia las riberas del Magdalena                                  | 207        |
| II.   Los ferrocarriles sepultados                                                       | 223        |
| <b>6. Las faenas de un mundo primordial y la provisionalidad de las riquezas</b>         | <b>235</b> |
| I.    La novedad de las obsolescencias                                                   | 240        |
| II.   El indio como infestación                                                          | 243        |
| <b>Referencias bibliográficas</b>                                                        | <b>269</b> |
| I.    Bibliografía sobre antropología, historia y sociología del Magdalena Medio         | 269        |
| II.   Bibliografía sobre arqueología, etnohistoria y etnolingüística del Magdalena Medio | 270        |
| III.  Bibliografía suplementaria                                                         | 270        |
| IV.   Documentos de agencias gubernamentales y no gubernamentales                        | 273        |
| V.    Documentos hemerográficos                                                          | 273        |
| VI.   Literatura de viajes y documentos de época                                         | 276        |
| VII.  Monografías locales y regionales                                                   | 284        |
| VIII. Obras folclóricas y literarias                                                     | 284        |
| <b>Fuentes del material gráfico</b>                                                      | <b>285</b> |
| I.    Diagramas                                                                          | 285        |
| II.   Fotografías                                                                        | 285        |
| III.  Ilustraciones                                                                      | 286        |
| IV.   Mapas                                                                              | 288        |

# Prólogo

## Faenas de un mundo primordial

La violencia fue progresivamente encriptada en unas prácticas sociales consideradas idiosincráticas, con lo cual no solo adquirió el carácter de una constante histórica sino que, más aún, fue impuesta como parte del talante, cuando no como un auténtico rasgo fundamental, de las gentes de las distintas provincias de la región del Magdalena Medio. No obstante, la idiosincrasia o lo idiosincrático, que la sociología docta tiende a desconocer en cuanto lo considera invención sin fundamento o creencia apenas superficial y que la sociología espontánea tiende a considerar un producto innato semejante al temperamento o a la personalidad que determina todo cuanto el individuo o el colectivo es o puede ser, tiene en su origen unas relaciones concretas entre el medio natural y los tipos humanos, unos vínculos estrechos entre los accidentes que definen el paisaje inmediato y los modos como los individuos se hacen a este paisaje, relaciones que, denegando u oscureciendo la historia que las ha hecho posibles, están en la base de unas estructuras características así como de unas visiones y divisiones del mundo social determinadas.

Cuanto más aislada, confinada o circunscrita sea una región, cuanto más fuertes sean los lazos que se tienden entre un entorno geográfico particular con unos habitantes exclusivos, tanta más ascendencia adquiere la idiosincrasia y lo idiosincrático, tanto más este se erige en la fuente del conjunto de expresiones que conforman la cultura de la provincia o de la región y tanto más este resulta propicio para que el conjunto de manifestaciones sociales que

sucedan en su seno, por contradictorias, conflictivas o anómalas que puedan ser o parecer, se erijan como una suerte de derivación natural de la existencia social, como un efecto social del mundo natural o, más allá, como parte de la naturaleza misma. El error frecuente de unos, del folclorista por ejemplo, es dar por sentado el determinismo idiosincrático como principio activo del conjunto de manifestaciones del mundo social que se debe únicamente al nacimiento de los individuos en un lugar en particular, como es error frecuente de otros, del científico social por ejemplo, desentenderse del determinismo por considerarlo sin fundamento para los asuntos de la ciencia aun cuando no tenga cómo dar cuenta de él o de la manera como este participa de manera fundamental en los asuntos de la cotidianidad.

Ahora, la idiosincrasia surgida de la relación entre la geografía y los tipos humanos no tiene cómo reproducirse en el discurrir del espacio y el tiempo sino a condición de que en esta relación se introduzcan unas técnicas o unas tecnologías, unas formas materiales y unos modos de operación que, en contextos de precariedad, de escasa transformación o de ausencia absoluta de innovación, pueden convertirse en parte sustancial de la relación misma, esto es, partícipes de la idiosincrasia en cuanto tiene esta de esencial y determinante, lo que permite que el modo de explotación que estas técnicas o tecnologías pueden mantener, reproducir o imponer, se revista como una suerte de inmanencia de la propia naturaleza o un rasgo inherente a los distintos tipos humanos —de nuevo, la suspensión o la abstracción de la historia—.

Precisamente en las provincias de la región del Magdalena Medio la relación entre la geografía y los tipos humanos involucró un repertorio de técnicas y tecnologías que, por su carácter relativamente elemental, por su aura artesanal y por su perdurabilidad en el tiempo, fue revestido como idiosincrático: desde los repertorios de técnicas y tecnologías vinculados a los pescadores y bogas de ríos y ciénagas, pasando por los de agricultores y aserradores de las vertientes, hasta los de arrieros, mineros, trapicheros y otras gentes vinculadas a las industrias básicas de determinados enclaves a lo largo de la cuenca. Estos repertorios de técnicas y tecnologías surgieron de unas economías tradicionales que incluían desde las actividades de subsistencia en pequeñas chagras dispersas, hasta la explotación con fines comerciales en haciendas de origen colonial.

Estas técnicas o tecnologías elementales, que en su composición y funcionamiento constreñían los cuerpos imponiéndoles maneras prácticas, usos posibles, sensaciones, emociones, sentimientos y significaciones determinadas, realizaban y reforzaban al mismo tiempo, con mínimo esfuerzo, unas estructuras tradicionales con sus visiones y divisiones de la existencia. Así, los diferentes instrumentos o herramientas que fueron apropiados o creados por el mundo colonial para explotar las riquezas naturales permitieron con su diseño, su manufactura, la enseñanza de sus modos de operación y su mero

funcionamiento cotidiano, la reproducción de este mundo. Fue por esto que las técnicas y las tecnologías tradicionales entraron a jugar un papel determinante en la producción y reproducción de las prácticas sociales idiosincráticas: ellas se encargaron de preservar la relación original entre la geografía y los tipos humanos, incluso en las condiciones en las cuales la geografía parecía no tener nada que ver con el temperamento de las gentes o que las gentes parecían no tener nada que ver con asuntos de la geografía. Las técnicas y tecnologías, así entendidas, fueron determinantes en la formación de un auténtico *habitus* entre colonizados y colonizadores extendido en el tiempo, transferible por generaciones, tanto más cuanto menos estaban expuestas al cambio.

En consonancia con lo anterior se puede afirmar que las técnicas y las tecnologías fueron determinantes para imponerle una razón de espacio y tiempo singular a las prácticas sociales idiosincráticas, esa que les permite poner en contigüidad o proximidad objetos o imágenes de espacios y tiempos harto diferentes, pero también poner distancias abismales o lapsos interminables entre objetos o imágenes inscritas en espacios y tiempos semejantes o incluso iguales. Precisamente, en las provincias que conforman la región del Magdalena Medio, las prácticas sociales idiosincráticas, con sus técnicas y tecnologías elementales, ponen en concurrencia elementos de épocas distintas, en buena medida porque las relaciones que están en su origen permanecen intactas, han sufrido escasas variaciones en el discurrir del espacio y el tiempo o simplemente porque ellas resultan complementarias a unas prácticas sociales más recientes.

Contra las prácticas sociales idiosincráticas originales de la cuenca media del río Magdalena, contra la filosofía de la historia que ellas tenían incorporadas, irrumpió desde mediados del siglo XIX la sociodicea de la civilización, el progreso y la modernidad. Esta sociodicea surgió de las críticas al obstáculo que desafió y perpetuó al mismo tiempo al mundo colonial durante más de tres siglos: la insolvencia o la inexistencia de caminos. En efecto, la conquista española de América fue un proyecto soportado en el establecimiento de una vasta red de villas que permitirían el asentamiento de peninsulares, la reducción de los indígenas, la instauración de las autoridades coloniales, la maximización de la explotación de las riquezas, la evangelización del conjunto de la población y la integración del imperio español en detrimento de las restantes potencias coloniales. Este proyecto colonial requería la existencia de vías de comunicación expeditas, las cuales se constituyeron en una de las empresas prioritarias de los conquistadores en los territorios donde estas no existían o eran insuficientes. Uno de los territorios más hostiles a esta empresa fue precisamente la cuenca media del río Magdalena, una geografía compleja en la cual estaban superpuestas la selva y la montaña, un entorno donde coexistían las ciénagas hirvientes en el fondo de las tierras calientes y los bosques de alta montaña envueltos en eternas neblinas. La insolvencia o la inexistencia de vías



de comunicación en esta región se tradujo en el aislamiento de distintas provincias, el enclavamiento de unas y la marginación de otras, lo que favoreció la aparición de pequeñas sociedades que apenas sobrevivían con sus propios abastecimientos, limitadas en técnicas y tecnologías, con mercados formados de las vecindades más inmediatas, con dinastías familiares que fungían como señoríos todopoderosos y con instituciones débiles o inexistentes.

Desde las primeras décadas de la República se consideró que la redención de la cuenca del río Magdalena y con ella la del país en general pasaba por la habilitación de vías de comunicación, la regularización de la navegación en los ríos, la apertura de caminos y la construcción de ferrocarriles. Todas estas iniciativas, se pensaba entonces, permitirían adentrar mano de obra a la profundidad de las selvas baldías, encontrar las riquezas dormidas durante siglos, crear factorías para su explotación, fundar nuevos poblados, construir unos mercados regionales y activar un vigoroso comercio con el extranjero sin los monopolios ni las restricciones del otrora imperio español. De esta manera, se suponía que las vías de comunicación traerían unas nuevas técnicas y tecnologías, algunas incluso instaladas en el hierro y el vapor, que entrarían a transformar de una vez por todas las relaciones entre la geografía y los tipos humanos, e introducirían una razón de espacio y tiempo que dejaría atrás la selva y con ella el pasado —se creía que la selva era realmente el pasado que lastraba a la cuenca y al país como un todo—.

En este sentido, para entender los modos como las prácticas sociales idiosincráticas pudieron colonizar la cuenca media del río Magdalena imponiendo unas filosofías de la historia concretas, urge interrogar el papel de las técnicas y las tecnologías, unas de carácter antiguo o tradicional prendadas ante todo a la fuerza de la sangre, de la bestia; otras más contemporáneas o modernas prendadas ante todo a la fuerza del vapor, de la máquina. La sustitución de unas técnicas y tecnologías antiguas por otras más modernas entrañaba un complejo desafío que trascendía las dificultades de la mera adquisición —que por cierto no eran pocas—. Esta sustitución suponía poner en consideración las estructuras elementales del mundo colonial, la naturaleza de las cosas, el carácter de la mano de obra, las maneras de intervención humana, los modos de producción y reproducción de la riqueza, el sentido de la propiedad, el papel de la comunidad y del Estado, entre otros asuntos. En la medida que estas técnicas y tecnologías modernas resultaron limitadas, tardías o incluso inaplicables, en el momento en que estas no lograron constituirse en el modo idóneo para hacerse a unas riquezas remotas y antiguas, permitieron que unas técnicas y tecnologías antiguas no solo mantuvieran su ascendencia sobre las prácticas idiosincráticas tradicionales sino que con ello perpetuaron la razón de espacio y tiempo del mundo colonial —incluidas las mitologías sobre el trabajo, el sufrimiento y la violencia—.

En un siglo en el cual los hombres estaban decididos a hacerse a cuantas riquezas existieran en el país, unas de ellas, las que moraban en la profundidad del mundo antiguo, parecían resistir cualquier intento de explotación, como si ellas tuviesen la custodia de una presencia arcana: esta presencia evidentemente eran las idiosincrasias con sus técnicas y tecnologías, que no obstante eran encubiertas en su carácter limitado y en sus profundas contradicciones aludiendo a la presencia del indio antiguo. Si se quiere, la imposibilidad de las gentes del presente de hacerse a futuro lo achacaban a un pasado que pareciera no dejar de suceder. La inviabilidad de acometer las obras de la civilización terminaba siendo culpa de los indios salvajes, esto aun cuando los indios para entonces no existieran o estuvieran en trance de su aniquilamiento definitivo. Este es el recorrido del presente tomo.



# 1

## Las faenas ancestrales de la tierra caliente

*En su corriente el Magdalena lleva los tres reinos de la naturaleza en natural convivio: oro, peces y combustibles para sus puertos y sus barcos. Once departamentos salen a mirarlo a sus orillas cargados de cornucopias de frutos y labranzas en alto-relieve como bordados escudos. No hay en sus márgenes siquiera un árbol que carezca de historia, ni piedra yacente o viajera que no lleve incrustada una tragedia...*

Jaime Buitrago, *Pescadores del Magdalena*, 1938.

Si el mundo colonial permaneció intacto en las primeras décadas de la República esto fue especialmente patente en la cuenca media del río Magdalena. Por un lado, porque el abandono que soportó este territorio en la colonia no solo se mantuvo en estas décadas sino que incluso se profundizó tras las guerras de independencia y con las primeras inestabilidades políticas de la naciente República. Por otro lado, porque el carácter inhóspito o la postración de este territorio sirvieron para reafirmar todo tipo de creencias sobre el abatimiento natural de la tierra caliente, la incapacidad de las gentes para hacer en ella industria alguna y la manera como esta afectaba el comportamiento de las razas, inclusive de aquellas consideradas más valientes, pujantes o emprendedoras.

La cuenca media del río Magdalena era un territorio asociado a las amenazas más temibles, incluidas sabandijas y alimañas de la peor especie, enfermedades monstruosas, costumbres reprochables y gente peligrosa. Eran pocos quienes desde las altiplanicies se asomaban a estos parajes y menos quienes se aventuraban a penetrar en ellos, aunque no faltaba uno que otro joven decidido a arrojarle a estas tierras con el ánimo de romper la tutela paterna, escapar de la conscripción o darle curso a algún duelo personal, por lo general de tipo amoroso, o simplemente convencido de la bondad calentana para formar una empresa o una compañía. Medardo Rivas (1946/1899), quien dejara una de las semblanzas más completas de la cuenca media del río Magdalena entre las

vegas de los ríos Sumapaz y Negro en la segunda mitad del siglo XIX, refería a propósito lo siguiente:

Ser propietario en tierra caliente en otro tiempo, era no tener propiedad en concepto de los habitantes de Bogotá, acostumbrados a ver en la sabana a los animales pastando en praderas naturales, y las cosechas sucederse unas a otras, con un poco de labor, en la que empleaban a los indios, de los cuales estaba poblada, alquilándose sumamente baratos. // Mientras que la tierra caliente no ofrecía sino bosques, que era preciso talar con un trabajo inmenso para recoger la cosecha de maíz, o sembrar las cañas, únicos cultivos que entonces se conocían, y a los cuales estaba destinada, volviendo el bosque a apoderarse del terreno inmediatamente. Para mantener las mulas era necesario buscar las lomas, en donde crecía espontáneamente el *gramalote*, único pasto que se conocía. // Además las serpientes, de que se creía poblada, los mil insectos que atormentaban al hombre, y las fiebres palúdicas que infaliblemente atacaban al sabanero que descendía de la cordillera, hacían mirarlas con horror, y nadie las quería. // ¿Las propiedades en tierra caliente se medían? No, ¿quién iba a medirlas? Se extendían de cordillera a cordillera o de río a río; se transmitían, de tarde en tarde (generalmente al concluir una generación), y su valor estaba representado sólo por el principal que se reconocía a alguna iglesia o monasterio de Bogotá, cuyo rédito anual había que pagar al cinco por ciento, y por esto se abandonaban con frecuencia. (p. 27)

La semblanza de Rivas muestra a la tierra caliente como un extenso paraje capturado por la manigua, ajeno todavía a límites claros o a dominios precisos, difícil —cuando no imposible— para la explotación y apenas dispuesto para la supervivencia humana. No obstante, aunque pareciera un paraje ajeno o resistente a cualquier voluntad, por enjundiosa que ella fuera, cierto era que en las riberas de los ríos, el borde de las trochas, la profundidad de los bosques y los descansos de las cordilleras había gentes dedicadas a las más variadas actividades: la pesca y la boga a lo largo de los ríos, la horticultura o la agricultura en platanales que sobrevivían en medio de bosques cerrados o incluso algunas industrias elementales como los trapiches que estructuraban el conjunto de la existencia en las haciendas cañeras. Estas gentes estaban en la cuenca media del río Magdalena, unos en la condición de pescadores, bogas, campesinos libres y de aparceros, y otros, como arrendatarios y jornaleros de las grandes haciendas. Precisamente fueron estas gentes las que quedaron retratadas en las semblanzas que hicieran personajes como Ancízar, Pérez, Samper o Camacho-Roldán; ellos eran las gentes de la tierra caliente, los calentanos, como son mejor conocidos en el país hasta el presente.

## I. La pesca y la boga

Los pescadores y los bogas eran las gentes del río por antonomasia, indisociables unos de otros, porque el pescador tenía a la boga como alternativa ante la escasez y el boga no tenía como no ser pescador para sobrevivir. Estas gentes

eran fundamentalmente indígenas, negros y mestizos, muchos de ellos supervivientes últimos o descendientes directos de los antiguos pueblos indígenas de la cuenca media del río Magdalena así como de los africanos desarraigados de sus reinos originales que habían sido traídos como esclavos para que realizaran el trabajo forzado en las minas de oro, las plantaciones de caña y los ríos principales (Peñas, 1988).

Para el siglo XIX, los pescadores y los bogas representaban a las gentes libres por excelencia, al pueblo de provincia que no tenía patrón o capataz al cual obedecer, dependientes únicamente del río y sus riberas, ajenas o cuando menos distantes de las instituciones establecidas con sus mandatos y sus normas. Sin lugar a dudas, fueron los pescadores y los bogas dos de los personajes que más atención concitaron de los viajeros que recorrieron el país en las primeras décadas del siglo XIX. Por ejemplo, Mollien, el viajero francés que recorriera el país en los primeros años de la República, dejó la siguiente semblanza de los bogas que encontrara en inmediaciones de Badillo, un pequeño puerto sobre el río Magdalena poco antes del poblado Morales:

Pueblan estas orillas malsanas viejos bogas que, hartos de navegar por los ríos, quieren sin duda dejar a sus hijos el fruto de sus penosos trabajos; esclavos manumitidos, desertores de todas las razas o, por mejor decir, de todos los colores. A pesar del aislamiento en que viven unos de otros, no han renunciado del todo al trato con el hombre. A veces los champanes y las piraguas atracan en las proximidades de sus chozas y les venden el excedente de sus cosechas; es tal la cantidad de bananos que le dan a uno por una piastra (5 francos), que a pesar de una riqueza vegetal tan considerable como de la de que esos hombres disponen, no tienen con qué comprarse ropas. // Todos ellos son, pues, muy pobres y desgraciados, porque de las diez plagas que azotaron a Egipto padecen cinco: la corrupción de las aguas, las úlceras, los reptiles, los moscones y la mortalidad infantil. En efecto, con mucha dificultad se logra criar a los niños. Sin embargo, si la Naturaleza ha envenenado la atmósfera que respira el ribereño del Magdalena y los placeres que saborea; si ha llenado de animales venenosos los lugares en que habita, en cambio ha desparramado por doquier plantas benéficas, cuyas virtudes conoce y que si no curan por completo los males que le afligen, por lo menos le ayudan a conllevarlos. (Mollien, 1944/1826, p. 35)

Como se pone de manifiesto, lo primero que llamaba la atención a un extranjero como Mollien era que, en un mundo donde todo parecía tener un dueño por anticipado, los pescadores y los bogas, gentes de distintas condiciones y razas, eran en realidad hombres libres, que vivían casi en total aislamiento, expuestos a la intemperancia de los climas malsanos, con consecuencias catastróficas que ellos no obstante sabían paliar con sus conocimientos. Fueron ellos los únicos capaces de sobrevivir a la cuenca media del río Magdalena, a esa parte donde el río lucía más enmontado, más copado por la selva, más hostil ante las pretensiones humanas (Ilustración 1).

**Ilustración 1.** Cabaña de pescadores a orillas del Magdalena



**Fuente:** José María Gutiérrez de Alba, 2016/1874

**Ilustración 2.** Boga en río Magdalena



**Fuente:** Alberto Urdaneta. Biblioteca Nacional, 1876



### Ilustración 3. El Champán



**Fuente:** Neuville y Saffray (en Saffray, 1948/1869, p. 101)

Unos eran ante todo pescadores, gente que dependía fundamentalmente de los ríos y las ciénagas, tarea que se podía acometer en solitario con algunas herramientas elementales pero que, para mejores beneficios, requería de herramientas algo más complejas que solo se podían obtener por intermedio de un grupo de referencia, fuera la familia o la vecindad. La primera de estas herramientas era la atarraya, una red circular con pesas en piedra o plomo en los extremos para sumergirla a profundidad, cuya manufactura dependía de un saber consuetudinario que solo se podía adquirir en presencia de un pescador más viejo. Más complejo que la atarraya era el chinchorro, una red rectangular de gran tamaño, también con pesas en piedra o plomo en los extremos para sumergirla a profundidad, aunque igualmente con unos palos o timones en los costados para manipular sus recorridos. Como la atarraya, la construcción de chinchorros suponía un auténtico arte que solo se podía emprender sabiéndose miembro de una comunidad de pescadores. Para tirar o lanzar la atarraya o el chinchorro se necesitaban canoas o bongos con sus respectivos pilotos. La manufactura de estas embarcaciones era un desafío un tanto más complejo, porque no solo demandaba un saber consuetudinario sino el trabajo del propio



grupo de referencia. La posesión de una embarcación era determinante para conseguir la independencia de los pescadores de una comarca o de un paraje en particular. Valga recordar que, como lo refiriera Posada Carbo (1989, pp. 3-4), eran las canoas, los bongos y la piraguas las embarcaciones que dominaban el río Magdalena.

La boga, por su parte, era el oficio de remar en las embarcaciones del río. Los bogas o bogadores eran los encargados de remar en los transportes del río, en unos casos en embarcaciones pequeñas que apenas recorrían trechos cortos, como las canoas y los bongos, en otros en embarcaciones más grandes destinadas para trechos largos, como las piraguas y los champanes, que fueron durante siglos las más complejas tecnologías para navegar el río Magdalena, las cuales tenían sobre sí todas las improntas del mundo colonial (Ilustración 2). Carl August Gosselman (1981/1828), el viajero sueco que recorriera la Nueva Granada durante los primeros años de la República, dejó la siguiente descripción de la piragua que lo condujera desde el puerto de Mompox hasta el puerto de Honda en la cuenca media del río Magdalena:

La piragua era un árbol entero de cedro, de veinte pies de largo y unos tres de ancho, con una profundidad de tres cuartos de pie; su fondo era redondo, sin quilla, y no se hundía más de nueve pulgadas en el agua. Su largo cuerpo estaba dividido en tres partes casi iguales. La primera ocupada por el bogador; la del centro acomodada para dormir; y la última para maletas y el resto de la tripulación. // En la proa, dos semidesnudos negros con sus largas piernas forzaban la embarcación corriente arriba. Para ello usaban una vara en forma de tenedor, que les ayudaba a avanzar. La empresa requería mucha experiencia, ya que no es nada fácil poder moverse y trabajar a plenitud en tan pequeña embarcación; de ahí que la vara hacía también las veces de palo de equilibrio. // Cuando uno de ellos empuja hacia cierta dirección, el otro debe hacerlo en sentido opuesto, tras lo cual corre de un lado a otro, aullando como un perro, y en medio de gritos y silbidos vuelve hacia la dirección contraria a iniciar la faena de nuevo. Así durante todo el día, en una temperatura que, a la sombra, fluctúa entre los treinta y los cuarenta grados. Su primitiva protección es el ancho sombrero de paja tradicional. // Su cuerpo, cubierto por la transpiración, hace pensar en un número infinito de perlas cayendo lentamente por las líneas curvas, entre los músculos, algo semejante a las gotas del rocío que resbalan en una ventana al llegar la mañana. // Sentado en la popa, el timonel con su largo canalete guiaba la canoa, con manos expertas. Era un indígena que ha pasado la mayor parte de su vida sobre la piragua, llevando el correo entre Barranca y Honda. Sentado, con sus piernas cruzadas, se reía burlonamente hacia el sol, del que se protegía con una delgada camisa de algodón a rayas azules. Su sombrero ocultaba la enorme cabellera que caía sobre los hombros como la cola de un caballo, por entre el cual se lograba ver los trazos de una cara oscura, seca, con una ancha nariz, labios gruesos y ojos negros, sobre los que descansaban dos frondosas y oscuras cejas redondeadas. La decoración de la cara terminaba en una barba poco abundante y unos bigotes que, al colgar de su labio, parecían los copetes del pavo macho. // Del pecho colgaba

una pequeña cruz de plata, y en su boca, a todo instante, un puro, que solo retiraba de ella para gritar: “Andad ligero, muchachos”. Parecía un hombre competente, al que se le obedecía sin vacilar, lo que hacía una gran diferencia con sus colegas de actividades. Acostumbrado a llevar el correo, su único afán era llegar pronto. Gracias al obsequio de algunos puros, nos hicimos buenos amigos y él me narraba las dificultades que soportó para llevar el correo de la república durante la guerra. En innumerables ocasiones lo hubo de hacer entre las playas ocupadas por los españoles. // Observarle causaba admiración, ya que había hecho de su oficio una profesión, yendo constantemente de un lugar a otro por el Magdalena, tostado por el calor abrasador, picado por los mosquitos, padeciendo sed, sin otra compañía que sus dos bogadores. Grande fue mi satisfacción al comprobar que en verdad me había traído a mi destino en los tres días fijados. (pp. 102-103)

El champán era la embarcación más grande que surcaba el río, con una tripulación que, según diferentes viajeros, rondaba entre los doce y quince bogas (Ilustración 3). Augusto Le Moyne, un viajero francés que recorriera el país en los primeros años de la República, dejó la siguiente descripción de uno de estos champanes así como de las jornadas que debían enfrentar quienes utilizaban este medio de transporte para adentrarse al interior de la Nueva Granada. Decía Le Moyne (1945/1880) lo siguiente:

Los señores Daste y Vincendon [...] alquilaron [un barco] de fondo plano, que en el país se llama champán y que desde cierta distancia de la proa hasta casi el final de la popa está cubierto por una bóveda que tiene la altura de un hombre hecha de bambú y de hojas de palmera. Bajo esa especie de arco de puente que no deja pasar el sol ni la lluvia es donde se apilan los fardos y se colocan los pasajeros mientras la techumbre sirve de piso a los bogas en sus idas y venidas para empujar el barco con sus largas pértigas [...] // [...] A las cinco, como no se divisaba ninguna aldea y como las orillas estaban cubiertas de enormes árboles y de cañaverales que nos impedían aproximarnos a ellas, nos detuvimos en medio del río en un banco de arena, a pesar de que había en él bastantes caimanes pero que asustados por unos disparos que les hicimos abandonaron la playa zambulléndose en el río. En cuanto se marcharon aquellos huéspedes desagradables, tomamos posesión del banco para establecer nuestro campamento y pasar la noche; cosa que tendríamos que hacer en adelante casi todas las noches hasta llegar a Honda; esto es lo que hacían entonces todos los viajeros, antes de que hubiese servicios regulares de barcos de vapor por el Magdalena. Solo los champanes de muy reducidas dimensiones navegan en el río por la noche y eso cuando hay luna, pues todas las embarcaciones, hasta las tripuladas por los bogas más expertos, corren el riesgo, no ya de encallar en los bancos de arena que están a flor de agua, sino de naufragar o de abrirse en dos al chocar contra los árboles arrancados de las orillas y arrastrados por las aguas o contra los que están plantados en el fondo como si fueran postes. (pp. 68-70)

Como lo muestran diferentes testimonios, la travesía en champán por el río Magdalena era una empresa plagada de contingencias: desde las que surgían

del estado del río con sus bancos de arena y cambios de curso, pasando por las que derivaban de la embarcación dependiendo del peso, forma y embarque de los fardos, hasta las que eran causadas por la tripulación dependiendo del carácter del patrón o del piloto, la pericia de los bogas y las distracciones infaltables que se extendían por entre caseríos, poblados y puertos. Por estas contingencias, nunca había certeza sobre los itinerarios de un viaje, mucho menos sobre su duración, que bien podía ser asunto de varias semanas —aunque los viajeros más exagerados no dudaron en señalar que hasta meses—.

Pero no había alternativa distinta para quien pretendiera ingresar al interior del país o para quien pretendiera salir de él: el champán era el único medio de transporte expedito y, ante la ferocidad de las cordilleras, el más seguro. De hecho, el champán representaba menos un viaje entre dos itinerarios y más una auténtica expedición que tenía como puertos los parajes que imponía cada ocase que convertía los playones o las islas desiertas en el lugar para tender hamacas o alzar tiendas que obligaba a tripulantes y viajeros a las muy antiguas faenas de la recolección, la caza y la pesca y que no estaba exenta de las incomodidades del mosquito y el jején ni de los peligros del caimán, el tigre y la culebra.

Una de las semblanzas más vívidas de los champanes con sus bogas la dejó el científico estadounidense Isaac Holton, quien permaneció casi dos años en el país promediando el siglo XIX. Holton (1981/1857) refería al respecto:

Si en el barco la disciplina no había sido muy estricta, en el champán desapareció casi por completo, apenas había la que imponía el patrono a los bogas. Estos antes de ponerse a trabajar se reunían en el espacio abierto de la proa y uno de ellos empezaba a rezar y los otros lo seguían, pero nunca pude saber si las oraciones eran en latín, español o en algún dialecto. // Después la mayoría de los bogas saltaba al techo, palanca en mano, y se ponían a empujar apoyando la palanca en el fondo del río, mientras caminaban hasta llegar a la popa, gritando todo el tiempo: osh, osh, osh, osh. El grito de todos juntos era impresionante. ¡Cómo me habría gustado haber tenido manera de registrarlo, utilizando algún método similar al proceso fotográfico, que por su exactitud obligara a creer hasta al más incrédulo! Apenas una jauría de lebres podría hacer ruido semejante ladrando media hora seguida, con la diferencia de que los bogas gritaban todo el tiempo, desde el amanecer hasta la noche, callándose únicamente para comer y para cruzar el río. Tenía la sensación de estar alejándome de la civilización y entrando a la barbarie, sin saber dónde y cuándo la volvería a encontrar[...]. (pp. 85-86)

Luego decía:

Esta embarcación, de treinta a cuarenta pies de largo, con el equipaje amontonado a ambos lados y el pasadizo en la mitad de menos de tres pies de ancho, habría sido prisión tolerable para siete hombres, un niño, dos sirvientes e innumerables bogas, porque estos no tenían derechos ni en la proa ni bajo el toldo; desgraciadamente tres vigas atravesadas de lado a lado y colocadas a tal

altura que no dejaban gatear por debajo ni saltar sobre ellas recortaban el espacio, de tal manera que quedábamos hacinados como ganado en feria. // Esa fue nuestra casa, o mejor nuestra prisión, de lunes a sábado. Bajábamos a tierra solo una o dos veces al día, mientras los bogas cocinaban el sancocho, pero tan pronto comían empezaban a rezar y luego otra vez el osh, osh, osh, brincando y gritando. Entre ellos había un negro con cara de muy pillo y una cuerda amarrada en la cintura de la que colgaba la llave de su baúl, de manera que en algún sitio debía tener algo de ropa, pero como hasta el último trapo lo tenía guardado, solucionó el espinoso problema de la falta de bolsillos en forma completamente satisfactoria para él. // En cambio yo todavía no he podido dilucidar el complicadísimo problema de economía política de cómo se logra que un vagabundo desnudo haga un esfuerzo casi sobrehumano, trabajando día tras día, en un país donde es casi imposible morir de hambre. Antes, cuando no había vapores, el boga debía empujar los enormes champanes contra la corriente violenta del río, desde Mompós a Honda, lo cual significaba un mes espantoso de doce horas diarias de trabajo agotador, con solo dos o tres descansos cortos al día, y como es natural, en esos momentos nada lograba hacerlo mover ni una pulgada, ni promesas, ni insultos, ni siquiera amenazas con pistola; pero imagino que ese es el mismo problema de saber porqué algunos hombres escogen ser poetas, naturalistas o escritores sabiendo que, exactamente como al boga, se les espera mucho trabajo y poco dinero. Por eso creo en el *boga nascitur*. // La verdad es que el boga es sobre todo un ser sensual. Le encantan los adornos y las camisas bordadas y no puede prescindir de los bailes y las borracheras. Es fácil imaginar lo que sucede cuando regresa a casa con más plata en el bolsillo que la que nunca verá el indio de tierra fría: las viejas deudas y un par de juergas lo dejan sin centavo. Entonces tiene que volver a prestar hasta que agota ese recurso y no le queda más remedio que buscar trabajo otra vez en un champán. Debo advertir a mis lectores que de lo anterior no deben formarse la idea de que aquí es fácil conseguir préstamos; la realidad es que en estas latitudes el sistema crediticio está poco o nada desarrollado. // El vicio y la negligencia de los bogas son, en realidad, las palancas que mueven las embarcaciones del río, y en este sentido es muy grande la similitud entre los bogas, los estibadores del Misisipi y los marineros comunes y corrientes; por eso estoy convencido de que una de las reformas importantes que debe implantar el milenio es la de transformar a muchas de las clases sociales. // El río Magdalena tiene generalmente una orilla más alta que la otra y el champán navega al lado de la más baja. Cuando esta empieza a elevarse, los bogas saltan del toldo a la proa, todos toman el canaleta para cruzar el río, y durante ese tiempo guardan silencio hasta ganar la otra orilla y vuelven al toldo y las palancas. Algunos bogas, parados en la proa, utilizan los ganchos para pasar una vuelta no muy grande del río o una orilla empinada, evitando así cruzar dos veces, en lo cual se pierde mucho tiempo. // Siempre fue difícilísimo manejar a los bogas en las embarcaciones que subían el río de Mompós a Honda. Era casi imposible hacerlos trabajar más rápido de lo que ellos querían y unas veces desertaban y otras se amotinaban; ahora las últimas leyes han hecho todavía más complicado mantener la disciplina. Si la navegación del Magdalena no recibe rápidamente protección especial, el transporte fluvial empezará a sufrir obstáculos y demoras y se hará más costoso. El problema es que el republicanismo a ultranza, que se intenta imponer, tiende a proteger al vagabundo, pero pronto habrá que ponerle límites a esta política. (pp. 87-89)